



CLASSIQUES
GARNIER

ARRIZABALAGA (Jon), « La medicina en Huarte de San Juan. Práctica clínica versus filosofía natural », *Cahiers de recherches médiévales et humanistes / Journal of Medieval and Humanistic Studies*, n° 35, 2018 – 1, p. 405-426

DOI : [10.15122/isbn.978-2-406-08322-1.p.0405](https://doi.org/10.15122/isbn.978-2-406-08322-1.p.0405)

La diffusion ou la divulgation de ce document et de son contenu via Internet ou tout autre moyen de communication ne sont pas autorisées hormis dans un cadre privé.

© 2018. Classiques Garnier, Paris.
Reproduction et traduction, même partielles, interdites.
Tous droits réservés pour tous les pays.

ARRIZABALAGA (Jon), « La medicina en Huarte de San Juan. Práctica clínica *versus* filosofía natural »

RÉSUMÉ – L'article analyse les idées de Juan Huarte sur l'"esprit" le plus approprié à la médecine, en particulier l'opposition supposée entre les capacités rationnelles produisant la théorie et la pratique de cet art, ainsi que les dispositions particulières des juifs pour la pratique médicale. De même il examine le rapport de Huarte à l'activité médicale à la lumière de son témoignage et d'autres sources, qui nous informent sur sa formation médicale à Alcalà et sa pratique professionnelle ultérieure.

ABSTRACT – This article analyzes the ideas of Juan Huarte on the most appropriate "mind" for medicine, in particular the supposed opposition between the rational capacities producing the theory and practice of this art, as well as the particular disposition of Jewish people for medical practice. It also examines Huarte's relationship with medical activity in light of his accounts and other sources that tell us of his medical training in Alcalà and his later professional practice.

LA MEDICINA EN HUARTE DE SAN JUAN

Práctica clínica *versus* filosofía natural¹

Tal como ya se señala en la portada de su *Examen de ingenios para las ciencias*², Juan Huarte de San Juan (c. 1529-c. 1588) quiso ofrecer un estudio sistemático de las diferentes facultades intelectuales –los « ingenios »– que cualificaban a los hombres para aprender y practicar diferentes profesiones. Conforme a la teoría huartana de los ingenios, era posible identificar la clase de inteligencia propia de cada varón y determinar la disciplina (« ciencia ») más idónea. Pese a no ocultar que esta teoría se basaba en la doctrina de los temperamentos –tradicionalmente atribuida a Galeno, si bien solo desarrollada plenamente a lo largo de los siglos ulteriores a su muerte–, Huarte reclamaba su originalidad afirmando que nadie antes había nunca respondido « con distinción y claridad » a cuatro cuestiones cruciales que se planteaba abordar en su trabajo: (1) qué hace a un varón hábil para una disciplina (arte o ciencia) y no para otra; (2) cuántos tipos diferentes de ingenio hay; (3) qué disciplinas se ajustan mejor a cada uno de ellos; y (4) a través de qué signos era posible conocer todo ello³.

- 1 Algunas de las cuestiones aquí tratadas sobre Huarte y su obra se han abordado previamente en J. Arrizabalaga, « Juan Huarte de San Juan (c. 1529-c. 1588) en la medicina de su tiempo », en V. Duché-Gavet (ed.), *Juan Huarte au XXI^e siècle*, Anglet, Atlantica, 2003, p. 65-98; « Huarte de San Juan, Juan », en A. Prosperi, con la colaboración de V. Lavenia y J. Tedeschi (eds.), *Dizionario storico dell'Inquisizione*, Pisa, Edizioni della Normale, 2010, vol. II, p. 754; y « Huarte de San Juan and the inquisitorial censorship in Philip II's Spain », en D. Brancher y H. Den Boer (eds.), *La médecine dissidente : hétérodoxie et modernité dans l'Europe des XVI^e et XVII^e siècles* (en prensa).
- 2 « Examen de ingenios, para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que ay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular. Es obra donde el que leyere con atención hallará la manera de su ingenio, y sabrá escoger la ciencia en que más ha de aprovechar; y si por ventura la uviese ya professado, entenderá si atinó a la que pedía su habilidad natural ».
- 3 « Todos los filósofos antiguos hallaron por experiencia que donde no hay naturaleza que disponga al hombre a saber, por demás es trabajar en las reglas del arte. Pero ninguno ha dicho con distinción ni claridad qué naturaleza es la que hace al hombre hábil para

La *editio princeps* del *Examen de ingenios para la ciencias* (Baeza 1575) incluía quince capítulos, que se vieron ampliados hasta veintidós en la nueva edición de 1594, por la división del extenso capítulo último en seis más breves, la adición de dos nuevos capítulos al inicio de la obra, y la supresión del capítulo séptimo. Mientras Huarte dedicó los siete primeros a exponer la base doctrinal de su teoría de los ingenios, ofreció en el octavo una clasificación de las ciencias conforme a los ingenios más propicios para cada una de ellas, y consagró el último a suministrar consejos prácticos a los padres para que puedan generar y educar hijos (varones) « sabios y del ingenio que requieren las letras⁴ », fue en los capítulos noveno a decimocuarto donde aplicó su teoría a diferentes profesiones y oficios a través de los sucesivos ejemplos de las humanidades, la teología, las leyes, la medicina, el arte militar y el « oficio de rey ».

Dedicado a Felipe II, desde el prólogo se instaba a su « Católica Real Majestad » a intervenir en el acceso de los estudiantes a las facultades universitarias decretando sobre medidas basadas en esta teoría, que permitieran seleccionar solo a los varones con los ingenios más adecuados a cada facultad. Apoyándose en las nociones sobre la organización social más conveniente a la república que Platón había expuesto en sus *Leyes*, Huarte asignaba al médico teórico (es decir, a sí mismo) una posición de consejero privilegiado del príncipe, en virtud de su condición exclusiva de « experto » para determinar la cualidad del ingenio más apropiada para cada ciencia y oficio, como modo de atajar los más graves males de la república, anticipando con ello la posición de los llamados « arbitristas⁵ ».

una ciencia y para otra incapaz, ni cuántas diferencias de ingenio se hallan en la especie humana, ni qué artes y ciencias responden a cada uno en particular, ni con qué señales se había de conocer, que era lo que más importaba ». Véase Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, ed. G. Serés, Madrid, Cátedra, 1989, p. 153-154. Salvo que se indique otra cosa, todas las citas a la obra de Huarte remiten a esta edición a la que me referiré de modo abreviado como *Examen de ingenios*.

4 *Examen de ingenios*, p. 601.

5 *Examen de ingenios*, p. 151-153: « Esto mesmo quisiera yo que hicieran las Academias [*i.e.*, Universidades] de vuestros reinos [de Felipe II]; que pues no consienten que el estudiante pase a otra facultad no estando en la lengua latina perito, que tuvieran también examinadores para saber si el que quiere estudiar dialéctica, filosofía, medicina, teología o leyes tiene el ingenio que cada una de estas ciencias ha menester. Porque si no, fuera del daño que este tal hará después en la república usando su arte mal sabida, es lástima ver a un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosa que es imposible salir con ella. Por no hacer hoy día esta diligencia, han destruido la cristiana religión los que no tenían ingenio para teología, y echan a perder la salud de los hombres los que son inhábiles para

Huarte dedicó a la medicina y las potencias orgánicas del cerebro más adecuadas para su estudio y cultivo, un espacio similar al consagrado a las restantes artes y ciencias, con la salvedad de su mayor detenimiento en el « arte militar », y la parquedad, un tanto displicente, con que despachó la retórica y la gramática (« la elocuencia y la policía en hablar »). Ahora bien, lo que dijo sobre la medicina y los médicos posee asimismo el inequívoco valor adicional de lo autorreferencial en relación a su formación y trayectoria profesionales.

De ahí que en este trabajo se examinen primero las peculiaridades de la identidad médica de Huarte a partir de su propio testimonio y de otras fuentes complementarias que iluminan su formación médica en Alcalá y su ulterior práctica profesional. A continuación analizaré sus nociones acerca del « ingenio » más apropiado para la medicina, entre las cuales llama la atención la contraposición que postula entre las potencias racionales rectoras de la teoría y de la práctica del arte de la medicina. Finalmente, prestaré atención específica a la defensa por Huarte de un ingenio de los judíos singularmente apropiado para la práctica médica en virtud del temperamento humoral propio del « pueblo de Israel ».

LA IDENTIDAD MÉDICA DE HUARTE

Tras cursar sus estudios de artes en la universidad de Baeza, que culminó con el grado de licenciado⁶, en 1553 el joven Huarte inició los de medicina en la universidad de Alcalá de Henares, donde en 1555 obtuvo el grado de bachiller, y en 1559, los de licenciado y doctor en medicina. La facultad de medicina complutense constituía entonces, junto a la de Valencia, el foco universitario ibérico más notable del humanismo médico⁷. Este movimiento intelectual, vivo en Europa desde finales del

medicina, y la jurisprudencia no tiene la perfección que pudiera por no saber a qué potencia racional pertenece el uso y buena interpretación de las leyes ».

6 M. de Iriarte, *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Contribución a la historia de la psicología diferencial*, 3ª ed., Madrid, CSIC, 1948, p. 28.

7 Sobre la universidad de Alcalá y su facultad de medicina en el siglo XVI, véase C. J. María Ajo y Sáinz de Zúñiga, *Historia de las universidades hispánicas*, Madrid, Instituto Alonso de Madrigal – CSIC, 1957-1979, vol. I, p. 378-386; vol. II, p. 291-308; L. Alonso

siglo XV hasta su total agotamiento aproximadamente un siglo después, se caracterizaba por la devoción a los textos médicos de la antigüedad clásica greco-latina, cuya recuperación a la luz de la crítica textual se consideraba exigencia ineludible para restablecer las bases originarias de la medicina europea; unas bases que, para los humanistas, se habían corrompido a resultas de la « barbarie medieval ».

La estancia de Huarte como estudiante en Alcalá coincidió con el momento de mayor madurez y esplendor de la universidad complutense. En aquellas fechas, su facultad de medicina constituía un centro vivo y exigente, que contaba con destacados médicos humanistas entre sus profesores. Ello hizo que Alcalá se convirtiera durante el segundo tercio del siglo XVI en uno de los centros más dinámicos del humanismo médico europeo, por más que durante el último tercio de aquel siglo esta realidad se quebrara por razones diversas, complejas y aún no suficientemente aclaradas⁸. Allí Huarte tuvo entre otros maestros a las tres figuras culminantes del galenismo humanista complutense: Cristóbal de Vega (1510-1573), Fernando Mena (c. 1520-1585) y Francisco Valles (1524-1592)⁹. Sus siete años de estudios médicos en Alcalá junto a tan destacados humanistas marcaron profunda y decisivamente el pensamiento de Huarte, hasta tal punto que resulta muy difícil comprender su personalidad y obra sin apelar a su formación médica complutense, de cuyo mejor momento histórico es un brillante heredero intelectual.

En efecto, su ostensible preocupación por el método en el estudio de la naturaleza tiene netas raíces complutenses. Huarte insistía en la experiencia como punto de partida del conocimiento, empleaba de forma sistemática la razón para juzgar dicha experiencia, y recurría al criterio de autoridad de forma crítica¹⁰. Dentro de la medicina universitaria europea

Muñoyerro, *La Facultad de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares*. Madrid, CSIC, 1945; J. M. López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979, p. 97-98; A. I. Martín Ferreira, *El humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 1995.

8 Entre las distintas razones de esta crisis que se prolongaría y ahondaría en los siglos siguientes, cabe destacar el propio agotamiento intelectual del humanismo a escala europea, y el negativo impacto que la llamada Contrarreforma católica impulsada desde el Concilio de Trento, tuvo, en general, en el mundo intelectual hispano durante el reinado de Felipe II.

9 Martín Ferreira, *El humanismo médico*, p. 53-64.

10 « También los médicos no tienen letra a que sujetarse. Porque si Hipócrates y Galeno y los demás autores graves de esta facultad dicen y afirman una cosa, y la experiencia y

de la segunda mitad del siglo XVI, su orientación doctrinal se identifica de pleno con la que la historiografía médica conoce como « hipocrátista » o « hipocrática ». El médico « hipocrátista » asumía el legado de los escritos hipocráticos « como modelo de observación clínica objetiva y como argumento de que esta era la base más importante de la medicina¹¹ ». Conforme a este modelo médico, se partía siempre de la observación clínica personal, a partir de la cual se especulaba libremente, aunque siempre dentro del marco conceptual hipocrático-galénico. Finalmente, el médico « hipocrático » se esforzaba por volver coherente su propia experiencia con el contenido de las fuentes clásicas griegas, particularmente las hipocráticas, cuya autoridad relativizaba en razón de diferencias geográficas, cronológicas e históricas¹². El *Examen de ingenios para la ciencias* no contiene aspectos doctrinales novedosos en relación a la tradición médica universitaria en que se formó Huarte. Su originalidad estriba en la proyección práctica que supo dar a dicho cuerpo doctrinal médico, y en su lograda adaptación al contexto histórico y cultural de su tiempo; específicamente, a las demandas de selección profesional planteadas en el marco de la Monarquía Hispánica de la segunda mitad del siglo XVI que, a tenor de su éxito editorial internacional, estaban en gran sintonía también con las expectativas de las élites europeas del Antiguo Régimen.

En Huarte resulta bien perceptible el influjo que sus maestros de Alcalá –particularmente el de Cristóbal de Vega y Francisco Valles– ejercieron sobre su modo de « examinar » los « ingenios para las ciencias ». De un lado, Cristóbal de Vega, su maestro más influyente a juicio de Iriarte, defendía la prevalencia en el conocimiento médico del enfermar humano, de la experiencia clínica sobre el criterio de autoridad. Ello hacía que subrayara en su docencia universitaria la importancia de la lección clínica, haciéndose siempre acompañar de sus discípulos en las frecuentes visitas a sus enfermos¹³. De otro, Francisco Valles insistía

razón muestran lo contrario, no tienen obligación de seguirlos. Y es que en la medicina tiene más fuerza la experiencia que la razón, y la razón más que la autoridad » (*Examen de ingenios*, p. 469).

11 López Piñero, *Ciencia y técnica*, p. 346.

12 I. M. Lonie, « The 'Paris Hippocratics': teaching and research in Paris in the second half of the sixteenth century », en A. Wear, R. K. French y I. M. Lonie (eds.), *The medical renaissance of the sixteenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 155-174, 318-326.

13 Cristóbal de Vega, *Opera omnia*, Lyon, A. Chard, 1626, p. 249; Iriarte, *El Doctor Huarte*, p. 38, 172.

en la exigencia de « destreza anatómica » para « el diagnóstico de las enfermedades internas y de todo lo que se oculta en lo más recóndito del cuerpo », utilizando la anatomía vesaliana al servicio de la doctrina galénica de la localización de las enfermedades, con el fin de confirmar o rectificar las afirmaciones de Galeno¹⁴. A tal efecto, hacia 1550 se había creado en la facultad de medicina de Alcalá, una cátedra de anatomía. Su primer titular fue el valenciano Pedro Jimeno, un discípulo de Vesalio que colaboró estrechamente como disector de Valles hasta su fallecimiento hacia 1555¹⁵. No parece aventurado suponer que Huarte fuera también alumno de Jimeno. Al menos en tres pasajes del *Examen de ingenios para la ciencias*, Huarte remite a la disección humana como fuente de observaciones donde fundamentar la teoría expuesta¹⁶.

Tras concluir sus estudios médicos a finales de 1559, el rastro biográfico de Huarte se perdió casi por completo hasta los inicios de la década de 1570¹⁷. Es conocida su contratación en agosto de 1571 como médico titular de Baeza con motivo del fallecimiento de « todos los médicos viejos y de espirencia » de la ciudad¹⁸. La iniciativa del consistorio estaba directamente relacionada con los estragos causados por una epidemia de tabardillo cuyo estallido había tenido lugar en medio de la Guerra de las

14 J. M. López Piñero y Fr. Calero, *Los temas polémicos de la medicina renacentista: las Controversias (1556)*, de Francisco Valles, Madrid, CSIC, 1988, p. 7-8.

15 López Piñero, *Ciencia y técnica*, p. 315-317, 321-322, 344-347. La reforma anatómica impulsada por Andreas Vesalio en la universidad de Padua hacia 1540 tuvo importantes repercusiones en la enseñanza médica europea de mediados del siglo XVI y dio lugar a la creación de las primeras cátedras de anatomía en distintas universidades, primero en Italia y luego en el resto de Europa.

16 *Examen de ingenios*, p. 321-323, 374, 608.

17 Iriarte reconstruyó conjeturalmente los más de diez años de la vida de Huarte previos, sugiriendo que debió de pasarlos intentando abrirse camino profesional como médico práctico, primero en tierras manchegas (Tarancón, Corral de Almaguer y Villarejo de Salvanés), y posteriormente en Linares, donde hay constancia documental de que residía desde 1568 y heredó casa. Véase Iriarte, *El doctor Huarte*, p. 46-49; y R. Sáez, « Huarte de San Juan o el nacimiento de la conciencia crítica », *Huarte de San Juan*, 1, 1989, p. 81-95 (en p. 88).

18 Conforme a los términos de una cédula real por la que seis meses después (febrero de 1572) se le ratificaba este contrato por dos años más, a razón de doscientos ducados y cincuenta fanegas de trigo al año, la corporación municipal de Baeza había « traído al doctor Juan de San Juan, que era persona tal cual convenía a la dicha ciudad y vecinos della » y de quien se había « tenido primero noticia que era hombre de muchas letras ». Documento publicado por R. Sanz, *Juan Huarte de San Juan (o el doctor Juan de San Juan). Examen de Ingenios para las ciencias. Edición comparada de la príncipe (Baeza, 1575) y sub-príncipe (Baeza, 1594)*, Barcelona, Librería Central, p. xlv-xlv.

Alpujarras (1568-1572) y que, desde finales de 1570, se había difundido rápidamente por distintos territorios de la extensa Corona de Castilla, siguiendo el rastro de la dispersión de los moriscos granadinos tras su deportación¹⁹. La cédula real de ratificación del contrato precisa que « se había visto su [de Huarte] mucha habilidad y provecho que había tenido en esa dicha ciudad [Baeza], como todo nos constaría por el dicho acuerdo y lícitos testimonios e información de que ante Nos hicistes presentación ». A finales de 1575, Huarte aún figuraba como « médico de Baeza » en el aviso de los inquisidores de Córdoba al Consejo de Madrid sobre algunas « proposiciones » sospechosas que el comisario del Santo Oficio en Baeza había detectado en su recién publicado *Examen de ingenios para la ciencias*²⁰. De sus actividades profesionales posteriores únicamente se conoce, en cambio, su contratación como médico por la ciudad de Sigüenza entre enero y septiembre de 1576²¹.

Explicar el porqué de tan escasa información al respecto no es tarea fácil. Llama, sin embargo, la atención un aparente desinterés de Huarte por el ejercicio práctico de la medicina, una actividad que debió de constituir su fuente principal de sustento familiar hasta la publicación del *Examen de ingenios para la ciencias* (1575), cuando el espectacular éxito editorial de su obra en castellano y otras lenguas europeas tal vez le permitiría reducir el ritmo de su práctica médica e, incluso, abandonarla. Favorecería esta tesis que las únicas noticias disponibles sobre su práctica médica aparezcan enmarcadas en coyunturas sociales críticas, como el ya señalado fallecimiento de todos los médicos de Baeza durante la epidemia de tabardillo; o en situaciones personales conflictivas, como cuando el ayuntamiento de Sigüenza le rescindió, en setiembre de 1576, el contrato a resultas de sus reiteradas ausencias temporales de la ciudad; o cuando, tras su fallecimiento en 1588, las hijas de Huarte se hicieron cargo del pleito que años atrás había sostenido con el municipio de Baeza, reclamándole salarios atrasados, aparentemente del periodo (1571-1575) en que fue médico titular allí²².

19 J. R. Gurpegui Resano, *Alonso López de Corella (c. 1519-1584) y el libro De morbo pustulato (1584), una monografía sobre el tabardillo*, Pamplona, Tesis doctoral (inérita), 2001, p. 411-422.

20 Á. Huerga, *Los alumbrados de Baeza*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1978, p. 107-108.

21 Fr. J. Sanz Serrulla, *Historia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sigüenza*, Guadalajara, Diputación, 1987, p. 89-92.

22 Iriarte, *El doctor Huarte*, p. 50.

Por otra parte, como ya observó Iriarte, Huarte no declaró su profesión en ningún pasaje del *Examen de ingenios para la ciencias*; y por más que hiciera alusiones diversas a su experiencia clínica, en sus observaciones y juicios no hay intención terapéutica, sino un interés exclusivamente científico por ilustrar o verificar la teoría expuesta. Además, Huarte parece incluso auto-identificarse como filósofo natural²³ en un pasaje del *Examen de ingenios para la ciencias* en que se hacía eco de la consideración aristotélica de la filosofía natural como « ciencia de más alta consideración y prudencia que otra ninguna²⁴ ». A su juicio, esta disciplina permitía interpretar adecuadamente todos los cambios de la naturaleza, cuyo origen sólo en última instancia cabría atribuir a causas sobrenaturales o demoníacas²⁵. De ahí que, para ser un verdadero filósofo natural, Huarte estimara preciso poseer un espíritu muy sutil que permitiera indagar las causas naturales de esos cambios, criticando con dureza a quienes atribuían a la intervención divina o diabólica cuanto en la naturaleza les parecía inexplicable. Finalmente, la filosofía natural y su correlato médico —la « medicina teórica »— aparecen en el *Examen de ingenios para la ciencias* no solo como distintas de la medicina práctica, sino también como incompatibles con ella por requerir ingenios diferentes, tal como veremos más adelante²⁶.

Llama, no obstante, la atención que el interés aparentemente muy escaso de Huarte por la práctica de la medicina no parece haberle llevado a otros derroteros profesionales más acordes con sus inquietudes intelectuales. Por una parte, no hay constancia, pese a su familiaridad con Baeza y a la influencia indudable de su Colegio-Universidad en su formación en artes y en su interés por la selección de los « ingenios » más adecuados para el ejercicio de las distintas profesionales²⁷, de que nunca hubiera enseñado en ella filosofía natural ni ninguna otra disciplina habitual en

23 *Examen de ingenios*, p. 241: « [...] así nosotros, los filósofos naturales, como letrados desta facultad, ponemos nuestro estudio en saber el discurso y orden que Dios hizo el día que crió el mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas y por qué razón ». La cursiva es mía.

24 *Examen de ingenios*, p. 228.

25 Sobre el alcance y límites de los esfuerzos de Huarte por naturalizar la posesión demoníaca, véase I. del Olmo, « La posesión diabólica en el *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) de Juan Huarte de San Juan: una paradoja », *Tiempos Modernos*, 33, 2, 2016, p. 70-101.

26 *Examen de ingenios*, p. 234-242, 493-503.

27 M^a D. Rincón González, « Criterios de selección en la Universidad de Baeza: Huarte de san Juan y los planteamientos avilistas: *Quod natura non donat, Academia non praestat, enim vero labor omnia vincit improbus* », *Elucidario: Seminario bio-bibliográfico Manuel Caballero Venzalá*, 1, 2006, p. 135-146 (particularmente, p. 140-145).

la docencia de cualquier facultad de artes. Por otra parte, solo nos consta que en 1576 fue «cathedrático de la cátedra de medicina» del Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli de Sigüenza, al tiempo que se le contrataba como médico municipal; una cátedra que cabría pensar a resultas del eco inmediato de su libro allí, que le había sido ofrecida por las autoridades municipales con el incentivo adicional de ese contrato médico. Aparentemente, Huarte abandonó pronto ambas responsabilidades profesionales, lo que le comportó la rescisión de ambos contratos tan solo nueve meses después de iniciar esta experiencia profesional²⁸.

En suma, por más que Huarte bien pudiera haber ambicionado una carrera profesional en el mundo universitario castellano, tan solo nos consta un efímero paso suyo por la facultad de medicina de Sigüenza a una edad —47 años— entonces ya avanzada y que coincidió llamativamente en el tiempo con el inicio de las actuaciones inquisitoriales en torno a su *Examen de ingenios para la ciencias*. Desconocemos si antes lo había intentado infructuosamente en otras universidades; o si, por el contrario, renunció *a priori* a ello, quizás por no encontrar a su alcance ningún centro universitario castellano atractivo y propicio para el cultivo de sus inquietudes intelectuales y/o por no desear moverse de Baeza. Su desagrado e insatisfacción, bien aparente en el *Examen de ingenios para la ciencias*, por la situación de los estudios en las universidades hispánicas ahondarían en el sentido de la primera de estas dos últimas hipótesis²⁹.

Durante las últimas décadas, se ha postulado una nueva clave para iluminar los no pocos aspectos oscuros de la biografía de Huarte y comprender mejor las motivaciones detrás del *Examen de ingenios para la ciencias*: su vinculación, presumiblemente estrecha, al ambiente baezano contemporáneo; un ambiente de intensa fermentación espiritual a resultas de la «profusión de sensibilidades y actitudes religiosas innovadoras» a que contribuyeron de modo crucial tanto «alumbrados» como cristianos nuevos descendientes de familias judías convertidas

28 Huarte «era ido desta ciudad con su casa y para no bolber más como era público en la ciudad», por razones que no se explicitan. Véase Sanz Serrulla, *Historia de la Facultad*, p. 91.

29 *Examen de ingenios*, p. 213, 229-230, 550-553, 565-566, 660. Para situar mejor las críticas de Huarte a las universidades hispánicas de la época, véase J. L. Peset, «Las críticas a la universidad de Juan Huarte de San Juan», en Luis E. Rodríguez-San Pedro Bezares (ed.), *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal. V Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades Hispánicas. Salamanca, 1998. I. Siglos XVI y XVII*, Salamanca, Universidad de Salamanca-Junta de Castilla y León, 2000, p. 387-395.

al cristianismo³⁰. Más allá del influjo formativo –ya señalado– de la universidad de Baeza en su interés por la selección de los ingenios más adecuados para las diferentes artes y ciencia, el naturalismo extremo de Huarte se encuentra en las antípodas de la indiferencia hacia el mundo natural y la visión providencialista de las relaciones entre los hombres y el mundo, común a erasmistas e iluministas y que hunde sus raíces en la filosofía agustiniana. Ciertamente, la elevada estima de Huarte por el ingenio, a su juicio singularmente agudo, de los judíos para el ejercicio práctico de la medicina y la profusión de citas a textos paulinos en el *Examen de ingenios para la ciencias*³¹ *sugieren posibles afinidades con la espiritualidad conversa*³². Ahora bien, lo que sabemos de sus orígenes familiares y su auto-identificación con los filósofos naturales, y no con los médicos prácticos, permite asimismo descartar el linaje judeo-converso que algunos estudiosos han atribuido a Huarte³³.

EL «INGENIO» MÉDICO SEGÚN HUARTE

El concepto de habilidad natural –factor determinante del ingenio y piedra angular de la teoría huartana– remite, en última instancia, al más genérico de naturaleza. ¿Qué entendió Huarte por naturaleza? Plenamente acorde con la formación médica y filosófico-natural recibida, la definió, al propósito del *Examen de ingenios para la ciencias*, como el temperamento

30 G. A. Pérouse, *L'Examen des esprits du Docteur Juan Huarte de San Juan. Sa diffusion et son influence en France aux XVI^e et XVII^e siècles*, Paris, Les Belles Lettres, 1970; R. Sáez, «*L'Examen des esprits: un projet politique et social pour l'Espagne de Philippe II*», en Duché-Gavet (ed.), *Juan Huarte au XVI^e siècle*, p. 37-51, en p. 39 (citando el estudio de Á. Huerga, *Historia de los alumbrados*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978-1994).

31 *Examen de ingenios*, p. 253-254, 258, 270, 317-319, 374, 426-429, 436, 449-452, 464, 514, 615, 716.

32 M. L. Giordano, «“La ciudad de nuestra conciencia”: los conversos y la construcción de la identidad judeocristiana (1449-1556)», *Hispania Sacra*, 52, 2010, p. 43-91; «Nel nome di Paolo: umanesimo biblico e risonanze converse in Isabel de la Cruz e María de Cazalla (1512-1534)», en M. L. Giordano y A. Valerio (eds.), *Donne e Bibbia nella crisi dell'Europa cattolica (secoli XVI-XVII)*, Trapani, Il pozzo di Giacobbe, 2014, p. 49-70.

33 D. Gracia Guillén, «Judaísmo, medicina y “mentalidad inquisitorial” en la España del siglo XVI», en Á. Alcalá (ed.), *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 328-352 (en p. 344).

de las cuatro cualidades primarias: calor, frialdad, humedad y sequedad, asegurando que de ella «nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenios³⁴». Huarte refiere esta definición de naturaleza a Aristóteles, pero no a su *De anima*, sino a los pseudo-aristotélicos *Problemata*. De esta manera, Huarte elude la noción de la naturaleza como una forma substancial que designa el orden y la legalidad universales adoptando, en cambio, una definición que subraya la diversidad y heterogeneidad de los seres humanos³⁵.

Al igual que la noción de naturaleza, también las de temperamento y habilidad hunden sus raíces en el mundo griego: la primera, en la doctrina de las cualidades opuestas que los médicos hipocráticos aplicaron a los cuatro humores (sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra) por los que interpretaban la complexión, la constitución más íntima de la materia viva; la segunda, en Galeno quien, al entender sólo somáticamente la naturaleza del hombre, extremó el programa naturalista planteado por la medicina hipocrática. De ahí que Huarte reconocieran como el fundamento del *Examen de ingenios para la ciencias* la obra galénica titulada *Quod animi mores corporis temperamenta insequantur* («Las facultades del alma se derivan de la complexión humoral del cuerpo») ³⁶. A destacar las aportaciones de Galeno en esta obra³⁷ y a ilustrar la validez de éstas

34 *Examen de ingenios*, p. 244. Sobre la teoría humoral galénica y su relación con la tipología de ingenios de Huarte, véase el artículo de E. Sánchez Salor, «La doctrina galénica de los humores y los tipos de ingenios de Huarte de San Juan», *Excerpta Philologica*, 10-12, 2000-2002, p. 405-428.

35 Sobre las distintas acepciones que Huarte confirió al término naturaleza, véase el trabajo de Fr. Azouvi, «Médecine et philosophie chez Huarte de San Juan», *Revue de Métaphysique et de Morale*, 31/3, 2001, p. 399-405 (específicamente, p. 401-405).

36 Para un exhaustivo estudio sobre este texto galénico, que incluye una versión castellana del mismo, véase L. García Ballester, *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*, Valencia-Granada, Universidad de Granada, 1972.

37 Véase *Examen de ingenios*, p. 246: «En confirmación de esta doctrina [el concepto de naturaleza empleado por Huarte] escribió Galeno un libro [*Quod animi mores...*] probando que las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo donde está; y que, por razón del calor, frialdad, humedad y sequedad de la región que habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran, unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes, unos crueles y otros misericordiosos, unos cerrados de pecho y otros abiertos, unos mentirosos y otros verdaderos, unos traidores y otros leales, unos inquietos y otros sosegados, unos doblados y otros sencillos, unos escasos y otros liberales, unos vergonzosos y otros desvergonzados, unos incrédulos y otros fáciles de persuadir. Y para probar esto trae muchos lugares de Hipócrates, Platón y Aristóteles, los cuales afirmaron que la diferencia de las naciones, así en la compostura del cuerpo como en las condiciones del ánimo, nace de la variedad de este temperamento».

desde su propia experiencia³⁸ dedicó Huarte sendos extensos párrafos. Ahora bien, ello no le impidió atribuirse su propia cuota de contribución original a la teoría de los ingenios por haber subsanado, argüía, la falta de atinamiento de Galeno en lo referente « a las diferencias de habilidad que tienen los hombres » y « a las ciencias que cada una demanda en particular³⁹ ».

Sin que *Quod animi mores* fuera la única obra galénica en que se apoyara, cabría afirmar que Huarte desarrolló hasta sus últimas consecuencias las nociones sobre las cualidades intelectuales y morales ligadas a los distintos temperamentos, contenidas en su elogioso párrafo sobre esta obra galénica. En efecto, según su teoría, los diferentes ingenios para las ciencias dependen del temperamento corporal de cada individuo. Este temperamento se establece a partir de los cuatro humores y, sobre todo, de las cuatro cualidades primarias –los pares calor-frialdad y humedad-sequedad– y varía de acuerdo a diversos parámetros, entre ellos, el sexo, la etapa de la vida, el régimen de vida, la raza y el entorno físico. La amplia tipología de ingenios desarrollada por Huarte tiene así su fundamento doctrinal en las innumerables posibilidades que ofrece la combinación de todos estos elementos en sus diversas variables. Huarte proyectó esta tipología de los ingenios sobre el entorno socio-cultural en el que transcurrió su existencia, conforme a su peculiar percepción del mismo. Desde esta perspectiva, el *Examen de ingenios para la ciencias* ofrecería una proyección sistemática y creativa de la teoría de los ingenios a las ocupaciones de las elites en las sociedades del Antiguo Régimen, muy destacadamente las profesiones universitarias.

De conformidad con Aristóteles (en *De anima* y en *De memoria et reminiscencia*⁴⁰), Huarte distinguía tres « obras propias del ánimo racional »: « entender, imaginar y hacer actos de memoria », cuya operatividad dependía

38 *Examen de ingenios*, p. 247: « Y vese claramente por experiencia cuánto disten los griegos de los escitas, y los franceses de los españoles, y los indios de los alemanes, y los de Etiopía de los ingleses. Y no solamente se echa de ver en regiones tan apartadas; pero si consideramos las provincias que rodean a toda España, podemos repartir las virtudes y vicios, que hemos contado, entre los moradores de ellas, dando a cada cual su vicio y su virtud. (...) Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento. Y no solamente se conoce esta variedad de costumbres en regiones tan apartadas, pero aun en lugares que no distan más de una pequeña legua, no se puede creer la diferencia que hay de ingenios entre los moradores ».

39 *Examen de ingenios*, p. 247.

40 Aristóteles, *De anima*, 427a-432a; *De memoria et reminiscencia*, 449b-450a.

del «temperamento» del cerebro; y rechazaba la idea que adscribía a los «filósofos vulgares», de localizar cada una de las tres potencias en un único ventrículo defendiendo, por el contrario, que «todas tres potencias están juntas en cada ventrículo⁴¹». Asimismo subrayaba que los cambios de temperamento propios de las distintas edades de la vida afectaban al ánimo racional y a los hábitos intelectuales y morales⁴². Por ello, el temperamento de las cualidades primarias más habitualmente propio de la niñez era inconveniente para el ánimo racional, siendo necesario que transcurriera el tiempo para que la naturaleza fuera obrando y el hombre adquiriera «poco a poco la sabiduría⁴³». En todo caso, cada ser humano quedaba dotado de forma más o menos agraciada, durante el proceso de generación, de habilidades naturales para el desarrollo de un solo «ingenio»; raramente, de dos, y, muy excepcionalmente, de tres. A su vez, cada ingenio posibilitaba el cultivo adecuado tan solo de una «ciencia».

Para Huarte las artes y las ciencias eran las «imágenes y figuras» engendradas por los ingenios en la memoria del hombre⁴⁴. Por ser la habilidad natural condición necesaria para el desarrollo del correspondiente ingenio, sería tarea del todo inútil contrariar a la naturaleza de cada individuo, orientándole hacia una ciencia para cuyo ingenio no hubiera ya sido capacitado. Ahora bien, la habilidad natural era solo condición necesaria, no suficiente, para el desarrollo del correspondiente ingenio: este sólo adquiriría su potencialidad plena si el individuo en cuestión recibía una atención adecuada desde su concepción en el útero materno hasta su estado adulto. Una atención que, a su juicio, poseía

41 *Examen de ingenios*, p. 325-326.

42 Sobre esta cuestión véase el nuevo capítulo v que Huarte añadió a la segunda edición del *Examen de ingenios para la ciencias*: «Donde se declara lo mucho que puede el temperamento para hacer al hombre prudente y de buenas costumbres» (*Examen de ingenios*, p. 249-276).

43 *Examen de ingenios*, p. 303-304.

44 *Examen de ingenios*, p. 193: «[...] las artes y ciencias que aprenden los hombres son unas imágenes y figuras que los ingenios engendraron dentro de su memoria, las cuales representan al vivo la natural compostura que tiene el sujeto cuya es la ciencia que el hombre quiere aprender: como la medicina no fue más en el entendimiento de Hipócrates y Galeno que un dibujo que contrahace al natural la compostura verdadera del hombre, con sus causas y achaques de enfermar y sanar; y la jurisprudencia es otra figura, donde está representada la verdadera forma de la justicia con que se guarda y conserva la policía humana y viven los hombres en paz. Por donde es cierto que si el que aprende oyendo la doctrina de un buen maestro, no pudiese pintar en su memoria otra figura tal y tan buena como es la que le van diciendo, que sin duda es estéril, y que no se puede empreñar ni parir, si no son disparates y monstruos».

dos vertientes: los cuidados de carácter general en relación al régimen de vida del individuo y de sus progenitores, y el proceso educativo.

Al igual que hizo en sus consideraciones relativas a la « teología » y las « leyes », Huarte estableció una dicotomía entre las potencias racionales necesarias para la teoría de la medicina y las requeridas para su práctica, como significativamente anunciaba desde el propio título del capítulo del *Examen de ingenios para la ciencias* –duodécimo de la *editio princeps* y decimocuarto de la de 1594– que dedicó a esta cuestión: « Donde se prueba que la teórica de la medicina, parte della pertenece a la memoria y parte al entendimiento, y la práctica, a la imaginativa⁴⁵ ». Huarte enmarcaba la cuestión en el problema filosófico secular de los universales, pero descalificaba las respuestas dadas por Aristóteles y los empíricos, basando la suya en la doctrina de Galeno sobre la « perfección del médico ». Con todo, reiteraba haber hecho una aportación original en este punto, más allá de aquella⁴⁶.

Conforme a Galeno, argüía que la medicina se sustentaba sobre dos pilares: la teórica y la práctica. El cultivo de la teórica (« saber y entender la teórica y compostura del arte »; « saber por método los preceptos y reglas de curar al hombre en común, sin descender en particular ») exigía « grande entendimiento y mucha memoria » para conocer los universales. En cambio, la práctica (« haberse ejercitado mucho tiempo en curar y conocer por vista de ojos gran número de enfermos ») requería una gran « imaginativa » para discernir acerca del « conocimiento y cura de los particulares ». Subrayaba, además, que difícilmente confluyen en un único ingenio entendimiento y memoria en grado sumo, lo que explicaba la dicotomía, patente en los grandes teóricos de la medicina antigua (latina y griega), entre los « grandes anatomistas y herbolarios » cuyas obras derivan de la memoria, y quienes mostraban gran ingenio y habilidad « en la dialéctica y filosofía del arte » cuyas obras lo hacen del entendimiento⁴⁷. A juicio de Huarte, sin embargo, Galeno había

⁴⁵ *Examen de ingenios*, p. 493.

⁴⁶ *Examen de ingenios*, p. 496: « [...] por ser tan dificultoso de juntar grande entendimiento con mucha memoria, ninguno sale perfectamente con la teórica de la medicina; y por haber repugnancia entre el entendimiento y la imaginativa (a quien ahora probaremos que pertenece la práctica y el saber curar con certidumbre) por maravilla se halla médico sea gran teórico y práctico ni, al revés, gran práctico y que sepa mucha teórica ».

⁴⁷ *Examen de ingenios*, p. 494-497. Huarte cita diversas obras galénicas: *De methodo medendi*, *De officio medici*, *De ordine librorum suorum*, etc.

andado « a tiento », incapaz de explicar del todo⁴⁸. Él sostiene haberlo logrado más « específicamente⁴⁹ ».

Tras mostrar su conformidad con la apreciación popular de que « en siendo el médico muy gran letrado, por la misma razón es inhábil para curar », consideraba crucial explicar por qué razón « los médicos muy letrados, aunque se ejerciten toda la vida en curar, jamás salen con la práctica » mientras que « otros, idiotas, con tres o cuatro reglas de medicina que aprendieron en las escuelas, en muy menos tiempo saben mejor curar ». E ilustraba este contraste de habilidades para la medicina teórica y práctica con el caso, entre otros, de Giovanni Argenterio (1513-1572), controvertido médico neotérico italiano contemporáneo de Huarte, cuyas teorías se asociaron a la secta romana de los metódicos y al escepticismo pirroniano⁵⁰.

Así pues, según Huarte, no solo se trataba de que distintas potencias racionales rigieran el aprendizaje y la práctica del arte de la medicina y de que fuera casi imposible poseer a la vez las tres potencias racionales rectoras de la teoría y la práctica médicas en un grado sumo, sino que también era muy difícil que un solo individuo estuviera dotado de dos potencias en ese grado. No podía, por ello, extrañar que un « médico que supiere mucha teórica » por tener « un grande entendimiento o grande memoria » fuera forzosamente un « ruin práctico » por falta de imaginativa, y viceversa. De ahí que, concluía, « ninguno puede salir muy consumado en la medicina ni dejar de errar en las curas; porque, para no cosquear en la obra, ha menester saber el arte, y tener buena imaginativa para poderla ejecutar y estas dos cosas hemos probado que son incompatibles⁵¹ ».

48 *Examen de ingenios*, p. 496: « Y dando la razón, dice que apenas se halla ingenio que esta ciencia ha menester, ni maestro que la enseñe con perfección, ni quien la estudie con diligencia y cuidado. Pero con todas estas razones y causas anda Galeno a tiento, por no saber puntualmente en qué consiste no salir ningún hombre con la medicina ».

49 *Examen de ingenios*, p. 496: « Pero en decir que apenas se halla en los hombres el ingenio de esta ciencia ha menester, dijo la verdad, aunque no tan específicamente como ahora lo diremos: que por ser tan dificultoso de juntar grande entendimiento con mucha memoria, ninguno sale perfectamente con la teórica de la medicina; y por haber repugnancia entre el entendimiento y la imaginativa (...) por maravilla se halla médico que sea gran teórico y práctico, ni, al revés, gran práctico y que sepa mucha teórica ».

50 *Examen de ingenios*, p. 493. Sobre Argenterio, véase N. Siraisi, « Giovanni Argenterio and sixteenth-century medical innovation. Between princely patronage and academic controversy », *Osiris*, 2^d series, 6, 1990, p. 161-180.

51 *Examen de ingenios*, p. 498-499.

Según Huarte, la potencia del entendimiento era pertinente para el conocimiento de los universales, los cuales, recordaba, eran «ingenerables e incorruptibles», pero «impertinente» para el «conocimiento y cura de los [casos] particulares» por su incapacidad para «conocer los singulares, ni diferenciar uno de otro, ni conocer el tiempo y lugar, ni otras particularidades que hacen diferir los hombres entre sí y curarse cada uno de diferente manera». Sin embargo, mientras el entendimiento era una «potencia espiritual» y, por tanto, incapaz de verse alterada por los «singulares» —por estar «llenos de materia»— la imaginativa era la potencia responsable del establecimiento del «conocimiento y juicio de las cosas particulares». Contaba para ello como instrumentos con los «sentidos exteriores», los cuales no podían obrar bien sin recibir la asistencia de una «buena imaginativa». De hecho, la imaginativa era para Huarte (de conformidad con Aristóteles), «un movimiento causado del sentido exterior»; lo que probaba «por experiencia» arguyendo que el estado distraído de esta potencia «en alguna profunda contemplación» impedía que los sanos vieran, oyeran o gustaran algo, y que los enfermos sintieran dolor cuando se les cortaba o quemaba⁵². Argüía, además, que la potencia imaginativa alcanzaba este conocimiento mediante unas «propiedades inefables con las cuales atina a cosas que ni se pueden decir ni entender, ni hay arte para ellas», subrayando con admiración el atinado conocimiento que un médico dotado de una fecunda imaginativa podía obtener a partir de los sentidos externos —«vista, oído, olfato y tacto»— en su visita a un enfermo⁵³.

Pese a su visión antagónica sobre las habilidades individuales requeridas para la teoría y práctica de la medicina, Huarte admitía que médicos prácticos «de grande imaginativa» pudieran aprender el arte de la medicina, porque no se quedaban «totalmente privados de entendimiento ni

52 *Examen de ingenios*, p. 498: «Lo cual prueban claramente los médicos, diciendo que si a un enfermo le cortan la carne o le queman, y con todo esto no le causa dolor, que es señal de estar la imaginativa distraída en alguna profunda contemplación. Y así lo vemos también por experiencia en los sanos, que si están distraídos en alguna imaginación ni ven las cosas que tienen delante, ni oyen aunque los llamen, ni gustan del manjar sabroso o desabrido aunque lo comen».

53 *Examen de ingenios*, p. 500-501: «[...] si al mesmo médico le preguntásemos como pudo atinar a conocimiento tan delicado no sabría dar la razón, porque es gracia que nace de una fecundidad de la imaginativa que por otro nombre se llama solercia, la cual con señales comunes, inciertas, coyunturales y de poca firmeza en cerrar y abrir el ojo alcanzan mil diferencias de cosas en las cuales consiste la fuerza del curar y pronosticar con certidumbre».

memoria ». Y consideraba « muy importante » que los futuros profesionales se formaran « en las Escuelas » médicas, porque en dos o tres años podían aprender allí, en los libros de « médicos racionales y experimentados », todo el arte de la medicina acumulado en dos mil años para poder emplear « con seguridad » los remedios medicinales, evitando así las gravísimas consecuencias de un aprendizaje meramente empírico⁵⁴.

Tras establecer la posesión de una « buena imaginativa » como *conditio sine qua non* para la práctica médica, Huarte se propuso definir la variedad de esta potencia racional más conveniente para ello. Según afirmaba, se trataba de una tarea que le había resultado muy ardua y solo parcialmente fructífera, pues no había logrado dar con el « nombre » que la identificaba, pudiendo concluir solo que se trataba de una « diferencia » de imaginativa surgida de « un grado menos de calor » que aquella « con que se hacen versos y coplas⁵⁵ ». Basaba su conclusión en que los « buenos prácticos » poseían habilidad « en el arte de metrificar », atribuyendo ambas habilidades a un grado de « calor » que tostaba la « sustancia del cerebro » sin consumir demasiado « calor natural ». Cuando se sobrepasaban estos límites, se potenciaba un tipo de habilidad apropiada para el cultivo de las artes adivinatorias —« a ser hechicero, supersticioso, mago, embaidor [=embaucador], quiromántico, judiciario y adivinador »—. Con todo, apostillaba Huarte, esta variedad de imaginativa tampoco resultaba del todo una « mala diferencia de ingenio para la medicina », pues las enfermedades humanas son « tan ocultas y hacen sus movimientos con tanto secreto, que es menester andar siempre adivinando lo que es⁵⁶ ».

LOS JUDÍOS Y LA MEDICINA

Para Huarte, la « diferencia de imaginativa » más apropiada para la práctica de la medicina no abundaba en España, cuyos moradores « tienen buen entendimiento » y son « prudentísimos », pero « carecen

54 *Examen de ingenios*, p. 501-502: « Y si el hombre lo hubiera de adquirir por experiencia, había menester vivir tres mil años, y experimentando las medicinas matara primero (antes que supiera sus calidades) infinitos hombres; ... ».

55 *Examen de ingenios*, p. 502.

56 *Examen de ingenios*, p. 502-503.

de memoria y de imaginativa », en virtud de la situación geográfica de la Península entre el « Septentrión » y la región « tórrida⁵⁷ ». Ciertamente, juzgaba que el tipo de imaginativa propio de quienes habitaban por debajo del Septentrión era « tarda y remisa » y, por tanto, nada apropiada para la medicina. Sin embargo, apuntaba a Egipto como la excepción a esta regla. Apelaba para ello tanto al testimonio genérico de « los historiadores » para subrayar la destreza de « los gitanos » –cuyo origen acostumbraba situarse en Egipto– para la hechicería y « atinar a las cosas y hallar los remedios para sus necesidades », como al juicio admirativo de Platón y Flavio Josefo (37/8-101) hacia los egipcios a quienes atribuía la invención de todas las ciencias pertenecientes a la imaginativa – « matemáticas, astrología, aritmética, perspectiva, judiciaria y otras así⁵⁸ ».

Estas consideraciones le llevaron a destacar la gran habilidad de los judíos para la medicina práctica, una idea a cuya exposición y defensa dedicó un sesenta por ciento de la extensión del capítulo del *Examen de ingenios para la ciencias* sobre la medicina⁵⁹. Huarte comenzó por ilustrar el gran prestigio de los judíos como médicos prácticos recurriendo a una sabrosa anécdota relativa a la petición que rey Francisco I de Francia (1515-1547) había hecho a Carlos V (1500-1558), de que le enviase un « médico judío » para curarle una « calentura » que los « médicos cristianos » de « su casa y corte » se habían mostrado incapaces de tratar. El emperador le había enviado a un médico de su corte, « cristiano nuevo » de judío, que bien podría tratarse de Francisco López de Villalobos (c. 1473-c. 1549)⁶⁰. Pero la base argumental en defensa de su tesis gravitó sobre el dilatado cautiverio del pueblo judío en Egipto –cuatrocientos treinta años, según el relato bíblico (*Éxodo* 12: 40)– así como sobre las costumbres seculares de los judíos en relación a la ingesta de « aguas y manjares » que potencian « esta diferencia de imaginativa ». A este último respecto, subrayaba, apelando a la autoridad de Platón (*Leyes*) y, sobre todo, Galeno (*Quod animi mores corporis temperamenta sequantur*), que « la variedad de los hombres, así en la compostura del cuerpo como en el ingenio y condiciones del ánima, nace de habitar regiones de diferente

57 *Examen de ingenios*, p. 414-417.

58 *Examen de ingenios*, p. 503-504.

59 *Examen de ingenios*, p. 504-523.

60 Sobre López de Villalobos, véase J. Arrizabalaga, « Francisco López de Villalobos (c.1473-1549), médico cortesano », *Dynamis*, 22, 2002, p. 29-58.

temperatura, y de beber aguas contrarias, y de no usar todos de unos mismos alimentos⁶¹ ».

Huarte se aplicó con determinación a defender su tesis en clave galénica. En efecto, sostenía que al « pueblo de Israel » se le habían pegado las « cualidades de Egipto », apelando a su dilatado y penoso cautiverio allí, alegando que quienes « viven en servidumbre, en tristeza, en aflicción y tierras ajenas » generan « mucha cólera requemada por no tener libertad de hablar ni vengarse de sus injurias », y que este humor « tostado » constituye « el instrumento de la astucia, solercia y malicia⁶² ». Pero también habían contribuido mucho a afinar su ingenio las « calidades de Egipto y de las otras provincias donde anduvo el pueblo de Israel » —muy afines entre sí— en su largo peregrinaje por el desierto, alegando que las « regiones estériles y flacas, no paniegas ni abundosas en fructificar, crían hombres de ingenio muy agudo », mientras que, por el contrario, las « tierras gruesas y fértiles engendran hombres membrudos, animosos y de muchas fuerzas corporales, pero muy torpes de ingenio ». Huarte argüía en este caso que su clima tórrido —« en esta región quema mucho el sol »— favorecía una clase de imaginativa caracterizada por la « astucia y solercia » de sus habitantes por volverles « el cerebro tostado y la cólera requemada⁶³ ».

Había a juicio de Huarte, una tercera clave explicativa del « muy agudo » ingenio de los judíos para la medicina práctica: los « manjares », las « aguas » y « la templanza » del aire del desierto por donde anduvieron a su salida de Egipto. En este punto, prestó particular atención al maná, un producto similar a la « semilla de cilantro blanco » y de « sabor como de torta de trigo amasada con miel », que Dios había hecho caer del cielo para alimentarles, según el relato paleotestamentario (*Éxodo* 16: 14-36). Lo identificaba con *mel roscidum et aereum*, un producto aparentemente conocido, semejante al rocío y que se generaba en el aire. Aunque admitía que la « sustancia » del maná era quizás « más delicada » que la de este, y aceptaba el milagro divino de su caída del cielo, no por ello dejaba de considerarlo un alimento generado a través de causas naturales:

61 *Examen de ingenios*, p. 507.

62 *Examen de ingenios*, p. 517: « solercia, astucia, solercia, versucia y malicia ».

63 *Examen de ingenios*, p. 508-511.

el maná es un vapor muy delicado que el sol levanta de la tierra con firmeza de su calor; el cual, puesto en lo alto de la región se cuece y perficiona, y, sobreviniendo el frío de la noche, se cuaja, y con el peso torna a caer sobre los árboles y las piedras, donde lo cogen y guardan en ollas para comer⁶⁴.

En efecto, Huarte sostenía que « Dios se acomoda a los medios naturales cuando con ellos puede hacer lo que quiere, y lo que falta a naturaleza lo suple con su omnipotencia ». Un argumento que empleó igualmente para explicar el agua que Moisés había extraído de las piedras con su vara y el fuego que Elías había hecho bajar del cielo con su palabra⁶⁵.

A partir de la identificación del maná con *mel roscidum et aereum*, Huarte definía su « compostura » como « caliente y de partes sutiles y muy delicadas ». Al no estar, a su juicio, acostumbrados a tal « delicadeza » porque sus « fuertes estómagos » estaban hechos de ajos, cebollas y puerros », quienes lo ingerían no lograban digerirlo de manera que el maná se corrompía y convertía en « cólera retostada » aguzadora de su ingenio. Lo mismo les sucedía al beber las « delicadas y sabrosas » aguas que Moisés hacía brotar de las piedras con su vara, acostumbrados como estaban a otras « gruesas y salobres ». También aguzaba su ingenio el aire del desierto, que calificaba de « sutil y delicado » porque la protección divina hacía que « de día se ponía delante del sol una nube que no le dejaba calentar demasadamente, y a la noche una columna de fuego que lo templaba⁶⁶ ».

Con este alimento, estas aguas y estos aires, los varones judíos habrían engendrado una « simiente » muy « delicada y tostada » y las hebreas, una « sangre menstrea » muy « sutil y delicada », de manera que « todos sus hijos y descendientes salieron agudos y de grande ingenio para las cosas de este siglo ». Las numerosas penalidades —« trabajos, hambres, cercos de enemigos, sujeciones, servidumbres y malos tratos »— que el « pueblo de Israel » había sufrido con posterioridad a su llegada a su « tierra de promisión », continuaron asegurando el « temperamento caliente, seco y retostado » requerido para poseer ese « muy agudo ingenio ». Huarte lo explicaba mediante el proceso vital siguiente: « la continua tristeza y vejación hace juntar los espíritus vitales y sangre arterial en el cerebro, en el hígado y corazón ». En estos órganos, al estar « unos sobre otros », los espíritus se tuestan y queman,

64 *Examen de ingenios*, p. 512.

65 *Examen de ingenios*, p. 511-513.

66 *Examen de ingenios*, p. 513-515.

generándose de ordinario « melancolía por adustión » y produciéndose con frecuencia « calenturas ». De hecho, la curiosa petición del rey de Francia a Carlos V, de que le enviara un médico judío para atenderle la asociaba a un momento de peculiar lucidez real —« no fue un delirio ni menos invención del diablo », destacaba Huarte— a causa de habersele tostado el cerebro y elevado « de punto la imaginativa » debido a su « mucha calentura y de tantos días » y a su « tristeza de verse enfermo y sin remedio⁶⁷ ».

Se preguntaba Huarte, finalmente, si era posible que las « disposiciones de habilidad » adquiridas por la simiente de los judíos a partir « del maná, del agua, de los aires, de las aflicciones y los trabajos » de sus antepasados en Egipto durante más de cuatrocientos años, se hubieran conservado sin perderse en el transcurso de los dos mil años subsiguientes, teniendo en cuenta sobre todo que la mayoría habían venido a España, « región tan contraria a Egipto y donde han comido manjares diferentes y bebido aguas de no tan buen temperamento y sustancia como allí ». Y respondía de modo afirmativo, haciendo particular énfasis en las virtudes del maná: « los descendientes del pueblo de Israel aún no han perdido las disposiciones y accidentes que el maná introdujo en la simiente, ni se les acabará tan presto el [*sic*] agudeza de ingenio y solercia que les vino por esta razón ». A su juicio, el carácter extremadamente « delicado y sabroso » de este « manjar » y sus « calidades » impregnaron los « huesos, nervios y carne » hasta tal punto que « por semejanza no apetecían ya otra cosa ». Huarte estimaba que « para corromper el [*sic*] alteración que el maná hacía en un día », había que ingerir « un mes entero otros manjares contrarios », o lo que es lo mismo, para « deshacer las calidades que el maná introdujo en las simientes » de los judíos durante los cuarenta años de peregrinaje por el desierto, eran necesarios más de cuatro mil⁶⁸. Ciertamente, admitía que los descendientes de aquellos judíos habían perdido parte de su agudo ingenio originario para la medicina práctica en el transcurso del tiempo por razones varias relacionadas con su dieta, su hábitat e incluso su mestizaje con los gentiles, a quienes negaba explícitamente la posesión de « esta diligencia de ingenio ». No obstante, concluía subrayando como algo innegable

67 *Examen de ingenios*, p. 515-517.

68 *Examen de ingenios*, p. 517-523.

que el « pueblo de Israel » no había perdido del todo ese singular ingenio para la medicina práctica⁶⁹.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En suma, la medicina juega un papel crucial en el *Examen de ingenios para la ciencias*, no solo por constituir el principal soporte conceptual de la teoría huertana de los ingenios más apropiados para las ciencias y artes; también por la atención específica que Huarte le brindó entre los diferentes oficios y profesiones a los que aplicó su teoría, y por el protagonismo que le asignó en la ordenación social de todos ellos dentro de la monarquía hispánica de Felipe II.

Por otra parte, el antagonismo, a juicio del autor, existente entre las potencias racionales rectoras de la teoría y la práctica de la medicina (e igualmente de la teología y el derecho) y su asignación a los judíos de un ingenio singularmente apropiado para la medicina práctica en virtud de un temperamento humoral peculiar, invitan a una lectura intratextual del *Examen de ingenios para la ciencias*. Esta sugiere que Huarte se atribuyó el papel de consejero privilegiado ante el príncipe en calidad de médico teórico experto en filosofía natural, a la vez que defendía un lugar relevante para los médicos judeoconversos dentro de la ordenación de las profesiones universitarias en el Imperio español a la que de modo perentorio instaba al monarca⁷⁰.

Jon ARRIZABALAGA
IMF-CSIC, Barcelona

69 *Examen de ingenios*, p. 523: « Ello verdad es que no son ahora tan agudos y solertes como mil años atrás; porque dende que dejaron de comer maná lo han venido perdiendo sus descendientes poco a poco hasta ahora, por usar contrarios manjares, y estar en región diferente de Egipto, y no beber aguas tan delicadas como en el desierto; y por haberse mezclado con los que descenden de la gentilidad, los cuales carecen de esta diligencia de ingenio. Pero lo que no se les puede negar es que aún no lo han acabado de perder ».

70 Peset, « Las críticas a la universidad de Juan Huarte de San Juan », p. 391-395.